

# LA NUEVA COMUNICACIÓN

**E**n qué poco tiempo, es de asombrarse, la telefonía ha transformado nuestro concepto del mundo.

Nunca más la disculpa cotidiana por errores de comunicación. Nunca más el aislamiento de los hombres, ni la cárcel a que se condenaban los solitarios. Las empresas para el diálogo han traspasado los límites mismos de la imaginación y exploran aquello que estuvo vedado al Hombre durante los tiempos antiguos.

Ahora es posible discar el digital del teléfono casero para llamar al pasado y charlar un rato con personajes de la historia y explicarse, con frecuencia, cómo grandes estadistas, poetas, filósofos, religiosos y otros místicos crecieron espiritualmente cuando se postraban en estados de éxtasis creativo. Ahora sabemos que sus pláticas interiores eran intercambios de información con sus buenos amigos del mañana, los hombres de nuestra época. Y los sabios de entonces creían que cada llamada desde nuestro tiempo era un soliloquio profundo y verdadero.

La nueva comunicación es fantástica.

Ahora es posible tender puentes hacia el futuro verdadero, aunque la tecnología que viene nos muestra ante nuestros sucesores como a pequeños estúpidos y nuestras largas distancias sólo son atendidas por choznos que nunca conoceremos, por ancianas sin ocupación y por los académicos curiosos y desinformados que preguntan con avidez sobre nuestro ahora.

Por ello, las líneas de comunicación que hoy tienen más demanda son hacia el recuerdo de uno mismo: hablar con el niño que imaginaba, con el adolescente enamorado de sinfonías asordantes, con el amante juvenil que nunca fue saciado, quizá con la imagen de cierta muchacha o del abuelo que vimos una sola vez.

Es magia moderna y no otra cosa el hecho de que podamos escuchar de nuevo la voz de nuestra madre muerta para decirle hoy aquello que en vida nunca fue probable y, con una simple llamada telefónica, sacudirnos de golpe culpas, tristezas, melancolías y otras pequeñas enfermedades. Con tanto progreso como vivimos ahora, el remordimiento ha caído en desuso, igual

que la añoranza y la incompreensión de los otros que nos atosigan con sus obsesiones.

En lo particular, mi afición preferida es llamar desde el sueño a la vigilia: decirme: no tengas miedo: no estás en la pesadilla: no te estás derrumbando hacia un abismo inacabado: estás viajando hacia abajo en la búsqueda de un infierno que no te pertenece. Y desde la vigilia preguntarle al sueño: qué sucederá si no despierto: por qué quiero orinarme en la cama como en los días de cuna. Y el sueño responderá y quizá interroge a su vez para dirigir su nave hacia el puerto feliz de mis liberaciones, el triunfo de los deseos y las fantasías.

Tecnología de los ingenios es la que hoy gozamos con los aparatos nuevos de la comunicación.

Y pensar que habíamos considerado culmen del ingenio aquellos aparatos para entender el lenguaje de los perros y los delfines, para transmitir nuestro pensamiento a los pájaros y a los insectos. Genuina ingenuidad la de hace un par de años cuando creíamos como realización máxima hablar por teléfono con un mosquito para convencerlo: "mira, chamaco, si acaso llegaras a libar mi sangre, por sed o por ocio, podrías enfurecerme y nuestra amistad concluiría con uno de mis manotazos certeros a tu trompa". Pero cuando después de aquella breve moda surgieron los aparatos de comunicación con plantas y amebas, supimos que el nuevo mundo estaba por descubrirse, confirmación dada cuando nos dirigimos con tono solemne hacia ciertas rocas y la piedra respondió con todos sus secretos.

Alguna noche descubrí a mi hija suplicándole a La Gioconda que le transmitiera la clave de su enigma; ocupó el aparato que tenemos en el pasillo durante más de una hora y desde entonces mi hija sonríe, sólo sonríe.

En cambio mi hijo, que desde ahora se prepara en una de las artes antiguas, la criminalística, llama con frecuencia a los libros de Conan Doyle para intercambiar opiniones eruditas, de tú a tú, con Sherlock Holmes.

—A pesar de los especialistas en mitología, el detective vicioso sigue siendo un maestro insuperable— re-

flexiona en voz alta mi hijo, con un dejo tradicionalista que me preocupa pues es como si no entendiera los privilegios del tiempo que le tocó vivir.



En cambio Virginia ha comprado otro aparato que absorbe todo su tiempo libre: el comunicador oculto hacia los comunicadores abiertos. Por las noches me desvela con un resumen de cuanto se ha enterado.

De este modo sé que el compadre Josefo envidia nuestro automóvil nuevo y ha emplazado a su mujer para que logre un ascenso en la recicladora de alimentos donde trabaja con el fin de mejorar el salario y superar nuestras comodidades.

También supe que el banquero que vive en la esquina cultiva cierta extravagancia sexual con las ventanillas; que Archi, el viudo de enfrente, llama cada tarde al cementerio para solicitarle perdón a su mujer por una aventurilla que tuvo en El Cairo, pero la vieja muerta se divierte en el más allá torturando al marido con indiferencia o amenazándolo con buscarse a otro, allá, donde se encuentra; que los hijos del alcalde se comunican con seres de otros planetas para conspirar no sé qué rebeliones, y otros chismes semejantes que mi mujer capta con el pequeño aparato que interfiere conversaciones ajenas.

Hace unos días descubrí que Meandra, la secretaria de mi jefe, a su vez adquirió un interceptor de comunicadores ocultos que trabaja de manera automática, por lo que sólo se enciende cuando capta algo interesante, y en una ocasión, por azar, intervino el aparato de mi esposa. El suceso no me preocupó: desde hace mucho tiempo que la vida íntima había desaparecido en nuestras ciudades. Sólo como precaución, ahora me cuido de contar a Virginia asuntos que no deseo divulgar.

A cambio de los trastornos eventuales, los dividendos personales que la telefonía actual nos brinda suelen ser sutiles y prodigiosos.

Cierta mañana desperté con la inquietud de saber hacia dónde iban todas las botellas que producimos en la fábrica e inicié un sondeo telefónico que me permitió detectar a grandes personajes en su calidad de consumidores de nuestros artículos.

Imagínese al mismísimo titular del Directorio Nacional tomando el agua vitaminada que nosotros hicimos y que, puedo considerar sin pecado de modestia, casi fabriqué de manera especial para él.

Durante esa búsqueda de curiosidades, hallé a seres de la talla de Ludmila, que hace cosa de un año fue una de las estrellas de rock con éxito más duradero, y a uno de los principales sacerdotes de la religión neobudista que tiene cientos de seguidores.

De igual modo descubrí entre nuestros clientes a un orientador de la televisión, y a un niño genio de las matemáticas que tiene dos años, y hasta a uno de los casi extintos aborígenes de Sumatra.

Debo confesar que, ante tantas posibilidades de comunicación, uno siente a veces el vértigo de la soledad. Sin embargo, como dice Virginia, pagar este tipo de servicios es caro, pero bien vale la pena. ■